

LECTURA: COMUNICACIÓN EN LIBERTAD

Gerardo Palomo. Universidad de Extremadura

Desde que el hombre aparece en este planeta ha tenido la necesidad de comunicarse. Al principio fueron los gestos y sonidos emanados de su garganta (guturales) los soportes de aquello que pretendían comunicar, antes de llegar al uso de la voz como tal. Después, gracias a la grafía, son sus rasgos escritos los que le amplían sus medios para comunicarse.

Con esta grafía, en un principio el hombre reprodujo de forma más o menos fiel a la realidad y con un componente individualista que aportaba aquel primitivo comunicador, lo que quería compartir con los demás; expresaba su inquietud artística y comunicaba información tan importante para su entorno como la concerniente a la caza o ubicación de animales para su sustento.

La comunicación nace, pues, como una necesidad vivencial primaria.

Después, el hombre se comunica a través de unos rasgos más estilizados y abstractos, como consecuencia de una limitación necesaria de la extensión de los elementos con los que informa. Surge así un proceso comunicativo tendente al actual, donde la abstracción economista de unidades significantes, consigue simplificarlo estableciendo la necesidad de codificaciones y convenciones que permitan descifrarlas. De esta forma la grafía se vuelve más idealizada, más simple en su manifestación, pero más compleja en su lectura, se hace más difícil interpretar sus códigos.

Tras el paso de milenios, el hombre evoluciona en su comunicación con los demás llegando a convertir ciertos convencionalismos en algo natural a su propia especie. Tanto es así que llega a poder prescindir de la abstracción del significante, gracias a las nuevas técnicas y procedimientos que inventa para ello.

Poco a poco los códigos se van haciendo más simples y a su vez más complejos, logrando con ello un enriquecimiento semántico que permite universalizar la información.

Lo ideal, por lo tanto, sería conseguir un procedimiento comunicativo liberador de la necesidad de convencionalismos que den sentido a lo expresado. De esa forma, la ausencia de códigos artificiales liberaría al sujeto perceptor de la obligatoriedad de compartir culturas y experiencias comunes con los que emanaron aquella información que percibe.

La presencia de un código natural ofrece la posibilidad de poder descifrar, también, de forma natural.

Cuando José Val del Omar me dijo en los últimos años de su vida: "no busques nada que no esté en la naturaleza", me hizo intuir, al decir esta frase inmersos en la búsqueda de nuevos procedimientos comunicativos, tras su dilatada vida creando artilugios tecnológicos enriquecedores de la comunicación y descubriendo técnicas e inventando los medios materiales que las hicieran posibles, que la tendencia hacia procedimientos artificiales, tan marcada en el pasado siglo XX y tan inmersos en la sociedad actual, pueden llegar a constituir una preocupante perturbación semántica del significante, más que su liberación.

Los distintos lenguajes de las nuevas formas de expresión nacidas un siglo atrás, nos obligan a tener una cultura audiovisual para podernos comunicar con ellos. La identificación de lo representado en la representación llega a rechazarse en la Sociedad de la Información y lo comunicado se aleja de la realidad de lo que se informa.

La perturbación del significante icónico desvirtúa la imagen de la realidad. De esa forma, no percibimos una imagen de lo real sino una imagen de la imagen de la realidad. Y con ella, lo que realmente percibimos es la imagen irreal de lo que fue originariamente la realidad.

Descubrir y desvelar la verdad y la objetividad de la información al sernos comunicada, nos obliga a llevar a cabo un proceso dinámico de captación de la realidad, mediante un esfuerzo intelectual de un alcance insospechado que nos permita identificar desde el cómo, el qué se nos dijo en tal representación de la realidad del hecho informado.

La lectura, pues, nos libera de la ignorancia, nos enriquece el espíritu y nos fortalece para la tortuosa andadura por los caminos de la comunicación de las mentes.

Es fácil pensar en aquello que conocemos y entendemos. Pero, ¿qué ocurre cuando leemos algo que no entendemos?. Obviamente puede deberse a su desconocimiento. Desconocimiento motivado bien por falta de información sobre ello o bien por falta de capacidad de interpretación para entenderlo. Esa carencia de capacidad intelectual puede deberse, a su vez, a la carencia de indicios o datos que nos permitan saber que estamos tratando entender realmente, el qué, el motivo de nuestra atención hacia lo tratado.

Ese interés, pues, esa necesidad, incluso, de conocer sobre aquello que en un determinado momento nos llama y ocupa nuestra atención, es lo que nos lleva a querer entenderlo, a saber con exactitud que oculta la primera impresión que nos causa su presencia. Gracias a su estructura y a su soporte obtenemos un indicio de lo que puede ser, pero sin saber aún realmente de que se trata. Para ello desvelamos que contiene y que nos aporta. Es, en suma, la culminación del proceso, la lectura que nos permite conocer y comprender la información contenida en esas formas que transportan hasta nosotros algo que por una u otra razón nos interesa.

Este proceso que conlleva la lectura para poder saber de lo tratado, es algo consustancial a la vida cotidiana, lo que nos diferencia del ser irracional que tan sólo se mueve por su instinto, de un ser que vive la naturaleza en la naturaleza, que su intelección no suele llegar más allá de lo primario; su tiempo de reacción, de respuesta a un estímulo, se produce en un corto espacio de

tiempo, no intelectualiza, no analiza cual puede ser la mejor reacción ante ese estímulo, simplemente reacciona tal y como le ha enseñado la naturaleza.

Pero aún así, aunque primaria, existe una cierta codificación en el mensaje y una decodificación, también primaria, que permite descifrarlo. Esa simplicidad, hasta ahora, sólo se da en la naturaleza, no así en la codificación artificial de lo comunicado que obliga, tanto al hombre como a las máquinas que inventa, a que exista una decodificación que nos devuelva su contexto a la naturaleza, a su entorno natural.

De ahí la importancia de la frase de Val del Omar. Con ella, como gran precursor de la comunicación, indicaba algo que el destino no le permitió llegar a conocer, pero los que le conocimos sabemos que tenía razón. Si el hombre quiere comunicarse en libertad tiene que volver a la naturaleza de la que surgió. Tiene que volver a comunicarse de forma natural aunque para llegar a ello tenga que hacerlo a través de lo artificial. Sólo el artificio que nos brinde la posibilidad de comunicarnos a través de unos artilugios instrumentales que permitan volver a lo natural, será el realmente válido para que la lectura no suponga un esfuerzo, más o menos titánico, para poder navegar, sin peligro al naufragio, por los tenebrosos mares que conducen al conocimiento y con él a la verdadera libertad: sólo es libre el que sabe. Pero para saber hay que, también, que conocer, que averiguar lo que se quiere saber y eso es, precisamente, lo que nos proporciona la lectura.

Con ella desvelamos la verdad oculta de la Información en la Comunicación.

No se trata de hacer con esto una apología al análisis y a la lectura. Su importancia aflora por sí sola. Se trata, tan sólo, de aportar un pequeño, aún minúsculo, grano de arena que ha de servir para elevar la montaña que nos permita otear un horizonte y desde él un camino, al que se llegue sin impedimentos ni trabas que dificultan y entorpecen la andadura, que nos lleve a una comunicación total.

De esta forma, el hombre vuelve a ser libre en el universo de la Información y se comunica en libertad.